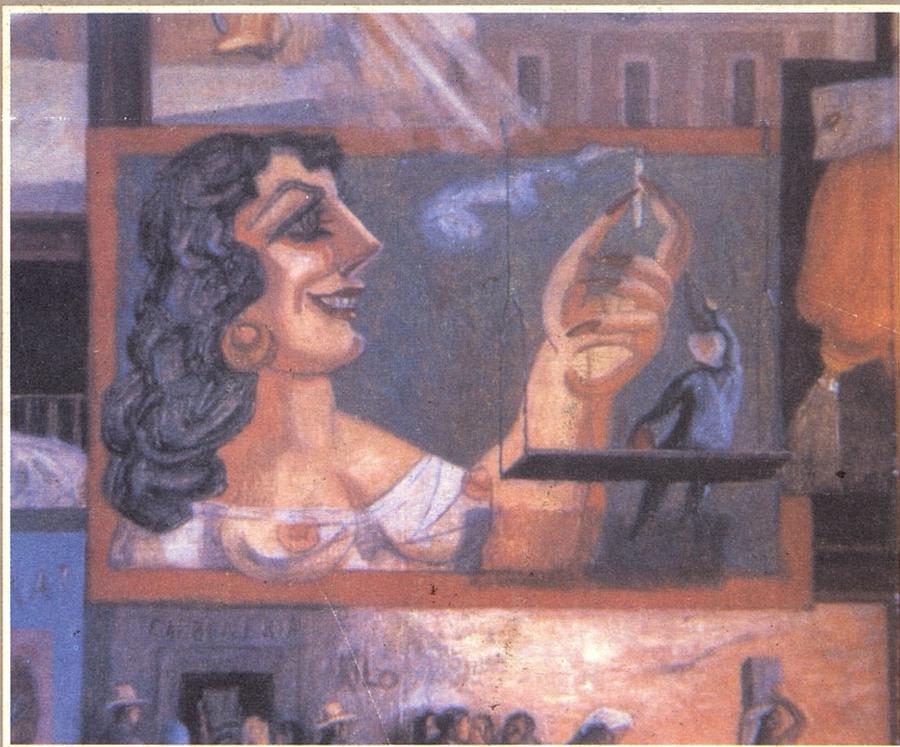


TENDENCIAS Y CORRIENTES  
DE LA HISTORIOGRAFÍA  
MEXICANA DEL SIGLO XX

Conrado Hernández  
Coordinador



EL COLEGIO DE MICHOACÁN  
UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

## INTRODUCCIÓN: TENDENCIAS Y CORRIENTES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DEL SIGLO XX

Conrado Hernández López  
*El Colegio de Michoacán*

Las cosas humanas, como históricas que son, no discurren de golpe y porrazo, sino por eslabón y cadena y sin hiatos ni vacíos: la ruina de una aventura del espíritu es ya otra aventura, proceso nuevo constituido por problemas propios que responden a peculiares vivencias.

O'Gorman, *La idea del descubrimiento de América* (1951).

El presente libro tuvo origen en el ciclo de conferencias Revisión de la Historiografía Mexicana del Siglo XX, realizado entre julio y septiembre de 2000 en El Colegio de Michoacán.<sup>1</sup> Los historiadores invitados no sólo mostraron buena disposición para debatir temas que han formado parte de

1. A su vez, el ciclo tuvo origen en la lectura de *La teoría de la historia en México*, que Álvaro Matute publicó en 1974 (inspirada en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* de Juan A. Ortega y Medina) y cuya relectura llevó a replantear la utilidad de estudiar la influencia de las tendencias y corrientes identificadas con posturas teóricas o con supuestos comunes sobre el sentido y la necesidad de escribir historias. Julio Aróstegui (*La investigación histórica. Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995) distingue entre una “teoría constitutiva” que versa sobre el “objeto” (por tanto, se formula como una “teoría de la historia”) y una “teoría disciplinar”, que se ocupa de la estructura interna de la historiografía, es decir, sobre su naturaleza específica. Frente a los grandes sistemas especulativos, apunta Álvaro Matute, la teoría “se dedicó a problemas inherentes a la naturaleza de la disciplina histórica”; por eso, prefiere llamar *Pensamiento historiográfico* (título de una obra reciente donde amplía la perspectiva iniciada en 1974) a las ideas y las reflexiones individuales sobre la historia que, en respuesta a las necesidades específicas de un contexto concreto, lograron un distinto grado de articulación teórica. Por eso cabe preguntar: ¿clasificar por tendencias y corrientes proporciona un marco adecuado para evaluar la producción historiográfica del siglo XX? Al unificar preferencias u orientaciones personales bajo un sentido de dirección o de proyección, esta clasificación oscila entre las funciones “teórica” (que da cuenta del movimiento de la sociedad) y “social” (organizar al pasado en función del presente) de la historia, lo que no excluye la reflexión sobre los problemas inherentes a su naturaleza como disciplina, ni la existencia de supuestos comunes, o en última instancia, de principios comunes al plantear una interrogación del pasado y subordinar la investigación a la respuesta de dicha interrogante. Conviene añadir que, en los últimos años, la revisión y el debate sobre la producción historiográfica en nuestro país ha encontrado un amplio espacio en publicaciones, simposios, congresos, coloquios, cursos y hasta posgrados en un número tan amplio de instituciones que resultaría interminable enumerar.

sus estudios personales sino que, además, aceptaron el reto de plantear criterios para evaluar y analizar la influencia de algunas (no todas, desde luego) de las principales tendencias y corrientes historiográficas desarrolladas en nuestro país a lo largo del siglo XX. El objetivo asumía la necesidad de proponer marcos conceptuales y cronológicos para ordenar una gran parte de la producción historiográfica a partir de sus afinidades temáticas, teóricas o metodológicas, sin olvidar, desde luego, las circunstancias concretas de los historiadores, la situación nacional y las preocupaciones intelectuales de cada época.

El resultado se presenta en diez ensayos, ocho sobre tendencias y corrientes planteadas según el criterio de sus autores, y los dos últimos abordan cuestiones teóricas y metodológicas que, si bien son objeto de práctica y debate común en otros países, apenas ganan terreno en México: por una parte, la invitación a replantear los enfoques y métodos para la práctica de una “nueva historia política”, que conciba lo político como el “campo de gestión de la sociedad global”; por la otra, la propuesta de reorientar la historia de las ideas difundida por José Gaos en una “historia conceptual” fundada en el nexo reciente entre hermenéutica e historia. Por eso, antes de pasar a los ensayos, conviene hacer algunas puntualizaciones sobre el objetivo y el orden generales.

A lo largo del siglo XX, la historiografía floreció en las seis acepciones registradas por Luis González: “como institución, como vida, como letra impresa, como literatura, como cantera de datos y como pensamiento”.<sup>2</sup> De modo particular, José Gaos distinguía la historiografía (como la “historia escrita”) de la historia (que designaba la ingente “realidad histórica”); por eso, utilizó los vocablos “lo histórico”, una delimitación temática que lo mismo podía incluir a “la realidad histórica tomada en su integridad” que a

2. Luis González, “La historia de la historia”, en *Veinticinco años de historia en México*, México, El Colegio de México, 1966, p. 52. En 1938, O’Gorman (“Sobre la obra de Luis González Obregón”, en *Letras de México*, vol. 1, núm. 1, 1938) afirmó que “la forma en que se ha realizado la investigación de los hechos del pasado es, en sí misma, un hecho susceptible de historiarse”, por lo que invitó a emprender “la revisión de la historia escrita como lo que es: una manera o forma del pensamiento”. En 1940, Ramón Iglesia auguraba que la investigación historiográfica ocuparía un puesto de preferencia y que la lectura de historiadores de antaño “no dará frutos menos valiosos que la rebusca de nuevos documentos”, en Matute, *La teoría de la historia en México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 126), p. 47. En 1941 fue inaugurado un curso con el nombre de “Historia de la historia” en El Colegio de México, que sirvió de modelo para otras instituciones, en la mayoría de las cuales se llamó “historiografía”.

“una parte cualquiera de esa realidad”, y “lo historiográfico”, conformado por un determinado número de obras y “expresivo de la situación integrada por el historiador y su público y por lo histórico designado por aquel a éste”.<sup>3</sup> Así lo histórico designado por el historiador oscila entre lo irreplicable y lo repetitivo, lo novedoso y lo común, lo general y lo singular, pero siempre de acuerdo con las preocupaciones de su tiempo, ya que no es posible separarlo de su mundo particular de relaciones ni de la influencia intelectual que recibe y expresa en un variable repertorio teórico y metodológico.<sup>4</sup>

Aunque es base para la “filosofía de la historiografía” (encaminada a construir una filosofía de la historia), lo historiográfico es objeto de la historiografía, que no puede limitarse a la crónica de obras historiográficas (el objeto de la bibliografía historiográfica) ni a las monografías. En todo caso, el volumen desbordante alcanzado por la acumulación de obras no sólo imposibilita ser abarcado en su totalidad por cualquier estudioso sino que conlleva un riesgo más grave: “la pérdida de visión de conjunto de la historia humana” y de las “enseñanzas insustituibles” derivadas de ésta. Por eso, decía M. de Certeau, “el historiador no hace la historia, lo único que puede hacer es una historia”.<sup>5</sup> Sin embargo, los distintos enfoques de lo histórico refieren orientaciones y tendencias, a veces identificadas con corrientes y escuelas, que dan cuenta de una relación estrecha entre las ideas originadas en corrientes de pensamiento de mayor magnitud, las preocupaciones específicas de una época y las circunstancias concretas que dieron origen a un determinado relato histórico (*status* social y económico, formación profesional, experiencia personal de los historiadores). El conocimiento histórico no sólo se enmarca en un movimiento global de la sociedad, sino que “crea” la inteligibilidad del pasado en función de requerimientos del presente. De ahí que el historiador parta de supuestos que se expresan en su manejo personal de lo histórico: elección de periodos, enfoques, planteamientos y estrategias metodológicas.<sup>6</sup>

3. Gaos, “Notas sobre la historiografía”, Matute, *op. cit.*, pp. 66 y 72.

4. “La dependencia en que el pasado histórico está del presente del historiador es un caso particular de la dependencia en que el pasado histórico está del presente y del futuro históricos en general”. *Ibid.*, p. 80.

5. M. de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1985, p. 9.

6. Luis González (*El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000) cita a Raymond Aron: “consciente o inconscientemente, cualquier actividad historiográfica está ligada a una filosofía de la historia, y es preferible elegirla a sabiendas de lo que se elige a correr el riesgo de tener que bailar con la más fea”.

Apoyado en B. Croce, Carlos A. Aguirre Rojas propone entender a la historiografía como “el estudio crítico de la evolución del pensamiento histórico”, donde la valoración y el análisis de los aportes de los historiadores, así como de sus filiaciones, influencias, préstamos, redes de circulación, etc., no se desligan de su contexto respectivo ni de la perspectiva global. El proceso historiográfico, apunta Andrea Sánchez Quintanar, está condicionado (ya que no determinado) por las características de la sociedad y la cultura de cada época respectiva. Para Boris Berenzon, la tarea de la disciplina es realizar la crítica de sus conceptos y teorías como productos históricos: desde las condiciones de su producción en un momento dado de la cultura. Por constituir un conocimiento cambiante y plegadizo a las circunstancias, la esencia del conocimiento historiográfico es su continua y necesaria renovación.

El desarrollo de la historiografía muestra los cambios globales en el conocimiento histórico a través de las contribuciones de sus sucesivos creadores; por eso, los ensayos de este libro buscan revisar aportaciones individuales y de conjunto en torno de problemáticas que abarcan desde los debates sobre el origen y el destino de la nación hasta planteamientos alrededor de la estructura y la función del conocimiento histórico. En alguna medida se trata de responder las preguntas de qué conocen los historiadores cuando hablan de historia, cómo conciben la práctica de su conocimiento y cómo explican los fenómenos que califican como históricos.

Al referir la idea de movimiento con una dirección, algunas tendencias y corrientes planteadas en el presente libro se basan en teorías que, independientemente de su origen y su desarrollo en otros países, tuvieron procesos de adaptación peculiares en México: con etapas formativas, de auge y descenso. Si el tiempo presente es el punto de partida de toda interrogación del pasado con una proyección futura, los historiadores estudiados rescatan al pasado bajo una peculiar expectativa del futuro que temen o anhelan. Como los ambientes de conflicto o confrontación de las épocas de “crisis” generaron las más variadas posturas, los autores de este libro recomiendan un manejo cuidadoso de los conceptos originados en el siglo XIX y utilizados en el XX con distintos fines (liberalismo, conservadurismo, positivismo), frente a la influencia académica recibida del exterior y aplicada bajo los más variados criterios (historicismo, Escuela de los Annales, historia de las mentalidades, etcétera).

Obviamente, los presentes ensayos no están exentos de los riesgos inherentes a una disciplina en constante renovación. Si hay una “industria historiográfica” (como afirmaba M. de Certeau), debemos reconocer que la mayoría de los estudios son “centralistas” en el sentido de que sus valoraciones se basan en las obras de historiadores concentrados en la capital (lo que dice mucho de la centralización del aparato cultural a lo largo del siglo). El orden general también dejó fuera otras corrientes historiográficas que cobraron gran fuerza en otros países (la *New Economic History*, el marxismo británico, la historia cultural, etc.) y la producción de subdisciplinas recientes como las historias demográfica, social, del arte y de las instituciones. Otras dificultades surgen con la elección misma de los criterios para adscribir a los historiadores mexicanos en tendencias y corrientes concretas. Además de una delimitación conceptual, esto requiere de la aplicación de una escala de valores que permita destacar los aportes de los autores principales frente a las figuras secundarias o los meros repetidores. Dentro de una misma tendencia o corriente no sólo puede haber historiadores ortodoxos y heterodoxos sino que, con cierta frecuencia, las diferencias pueden alcanzar a sus respectivas ideas de la historia. Por eso es interesante observar los criterios elegidos para incluir, como se ve en algunos casos, a los historiadores más diversos dentro de un mismo rubro propuesto.<sup>7</sup>

En este sentido, conviene unificar las periodizaciones utilizadas por los autores en sus estudios respectivos.

### PERIODIZACIONES

En general, ¿qué elementos podemos utilizar para enmarcar las rupturas y las permanencias en la historiografía del siglo XX? Si bien la mayoría de los autores de este libro coinciden en sus periodizaciones, el sentido común recomienda tener cuidado al “seccionar” procesos historiográficos dentro de los 100 años del siglo recién concluido y también al delimitar puntos de

7. Por ejemplo, Jaime del Arenal y Andrea Sánchez Quintanar pensaron incluir a Edmundo O’Gorman como conservador académico o como historiador de izquierda en sus exposiciones respectivas. Otro caso curioso es el de Ezequiel A. Chávez, considerado por Carlos Aguirre como el primer suscriptor mexicano de *Annales* y por Jaime del Arenal como conservador católico.

inicio y fin a partir de los sucesos nacionales y mundiales importantes o los grandes cambios culturales.<sup>8</sup> En este sentido, Carlos Aguirre Rojas ubica “nuestro breve siglo XX”, en el ámbito mundial, entre la guerra de 1914 y la caída del Muro de Berlín, y en el ámbito nacional, entre la revolución mexicana de 1910 y el alzamiento neozapatista de 1994, pero Andrea Sánchez Quintanar opina que el siglo XX se liga con la historia moderna del país, originada en el triunfo de la república en 1867, que marca la inserción de México en el sistema de capitalista de producción (lo que coincide con Aguirre, que en la perspectiva global ve en Marx al fundador del proyecto moderno de las ciencias sociales a mediados del siglo XIX).

Algunos historiadores propusieron hacer una “genealogía cultural” de la nación con base en el estudio de las generaciones.<sup>9</sup> El siglo XX según esta perspectiva, que es utilizada por Jaime del Arenal para ordenar a los historiadores conservadores, alberga un ciclo cultural completo desde 1910 hasta 1968, como una “familia cultural” que inicia con la generación de 1915, o los “padres fundadores”, continua la de 1929, los “hijos diligentes”, seguida de la generación del medio siglo, los “nietos críticos y cosmopolitas”, para culminar con la generación de la “ruptura” en 1968, los “bisnietos iconoclastas”. En este esquema, las tres últimas décadas del siglo dieron espacio a dos generaciones más: la primera marcada por la crisis económica de principios de los ochenta y la segunda por los cambios políticos de los noventa (Aguirre propone a 1994 como el límite de “nuestro breve siglo XX”).

8. En “El pudor de la historia”, Borges sospechó que “la verdadera historia es más pudorosa y que sus fechas esenciales pueden ser, asimismo, durante largo tiempo, secretas. [...] Los ojos ven lo que están habituados a ver. Tácito no percibió la crucifixión, aunque la registra en su libro”. Véase *Ficcionario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 313.
9. El pensamiento de José Ortega y Gasset fue decisivo para concebir esta forma del cambio desde las categorías de “perspectiva” y “circunstancia”, la relación dialéctica de las ideas y las creencias y la convicción de que podía buscarse un “ritmo” en la historia a través de sus protagonistas concretos: la “minoría rectora” que marca los ciclos vitales y culturales. Cuatro generaciones divididas en lapsos de quince años completan un ciclo cultural de 60 años en los que se suceden una generación destructora del antiguo orden, la constructora del nuevo, la crítica y, otra vez, una generación violenta. Aunque en sus quince años de acción comparte el escenario con antecesores y sucesores, cada generación mantiene una propia sensibilidad, basada en experiencias comunes. Véase L. González, *La ronda de las generaciones*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984; y E. Krauze, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, en *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, pp. 124-168.

La influencia de los procesos económicos y políticos es notable al proponer cortes globales.<sup>10</sup> En el siglo XIX la historiografía fue esencialmente política, si bien durante el porfiriato tomó el lenguaje especulativo de la ciencia. Para Álvaro Matute las tres herencias del siglo XIX fueron el inmediatismo, la erudición y el positivismo, que sufrieron una profunda transformación con la revolución mexicana. En las tres siguientes décadas la escena estuvo dominada por un “empirismo tradicionalista” de corte erudito que coincidió con el modelo historiográfico vigente desde 1940; y, además, por un “pragmatismo político”, alimentado con la historiografía generada por testigos de la primera revolución, que se mantuvo hasta los sesenta.

La revolución mexicana marca la ruptura o el inicio de procesos que tienen un fuerte impacto en la orientaciones de la producción historiográfica. Si bien cada tendencia se ubica en un contexto concreto, hay coincidencias por la manera común de vivir sucesos o de compartir preocupaciones. En este sentido, la generación de 1929 toma su nombre del movimiento estudiantil por la autonomía universitaria de ese año, cuando también concluye el conflicto cristero, inicia la recesión del mundo capitalista y, en fin, es fundada la revista *Annales* en la Universidad de Estrasburgo, Francia, dando origen a una historia legendaria. Aunque el periodo tiene como eje a las generaciones de 1915 y de 1929, abarca desde 1910 hasta 1940, cuando no sólo ocurren cambios “institucionales” en el país, sino que Europa y el mundo viven una conflagración de la que saldría un nuevo orden mundial en 1945.

El siguiente corte se establece desde 1940 hasta 1968, que marca la institucionalización de la historia en México e inicia un periodo favorable para la influencia de los hombres del medio siglo que se prolonga hasta la generación de la ruptura en 1968. Desde 1940 hasta 1970, según Charles Hale, se consolidan los “mitos fundadores” del Estado mexicano, y Abelardo Villegas vio a la misma etapa como propicia para un “nacionalismo

10. Albert L. Michaels y Marvin Bernstein dividen el siglo XX mexicano en cuatro etapas marcadas por la gestación (1876-1917), el ascenso (1917-1932), la consolidación (1932-1946), el crecimiento espectacular (1946-1958) y la crisis (1958-1968) de la burguesía mexicana. Véase “The Modernization of the Old Order: Organization and Periodization of Twentieth-Century Mexican History”, en *Papers of the IV International Congress of Mexican History*, Los Ángeles, The University of California Press, El Colegio de México, 1976, pp. 687-722.

filosófico” centrado en la “temática de lo mexicano”. Por coincidencia, en 1945 reapareció en Francia *Annales*, iniciando una etapa que Carlos Aguirre prolonga hasta 1968.

La teoría de la dependencia, dice Norma de los Ríos, fue un análisis de la realidad de América Latina que surgió como consecuencia de la inestabilidad regional y el fracaso de la política desarrollista impulsada por Estados Unidos en los años cincuenta, si bien cobró un auge inusitado a fines de la década siguiente. Para Carlos Aguirre 1968 marca el inicio de una revolución cultural y global de larga duración. En México, por lo pronto, marca el fin del mito de la estabilidad política que, aunado a las crisis económicas subsecuentes, supone un cambio en la orientación de los estudios. Por eso varios autores identifican el periodo de 1968 a 1989 (que Carlos Aguirre extiende hasta 1994) como propicio para la difusión de nuevas formas de hacer la historia, pero también para la persistencia de prácticas calificadas de positivistas o neopositivistas.

El fin de siglo estuvo marcado por la derrota electoral del PRI y la consolidación mundial del liberalismo en sus vertientes política (democracia representativa) y económica (libre mercado). En lo interno, el último periodo parece marcar el fin del ciclo iniciado por la revolución mexicana; en lo externo, el fin de todo paradigma historiográfico a nivel mundial. La trayectoria de la historiografía a lo largo del siglo hace necesario abordar una de las transformaciones más significativas para el oficio de historiador.

#### LA TRAYECTORIA INSTITUCIONAL

Al evaluar la historiografía anterior a 1940, Robert A. Potash observó que era escasa “la monografía desapasionada fundada en la exploración exhaustiva de las fuentes” y que, según parecía, “los eruditos carecían de tiempo y de recursos económicos para dedicarse a investigaciones prolongadas”.<sup>11</sup> ¿Qué efecto tuvo la institucionalización en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX? El proceso motivó un cambio importante frente a las

11. Potash, “Historiografía del México independiente”, *Historia Mexicana*, vol. 10, núm. 3 (39), enero-marzo de 1961, p. 377.

formas tradicionales de escribir la historia, porque permitió dedicar tiempo completo a la práctica profesional y al desarrollo de la disciplina especializada; estimuló la renovación de los enfoques y métodos; proporcionó medios para la difusión de los resultados; finalmente, contribuyó a enriquecer las perspectivas a través de un contacto creciente, que en muchos casos se convertiría en una colaboración estrecha, con los historiadores del extranjero ocupados en el estudio de temas afines.

En todo el país, como se observó en casi todos los campos, la consolidación de las instituciones coincidió con una evolución cada vez más “escolarizada”, encaminada a la producción especializada y protegida en los grandes organismos. Por tradición, dice Álvaro Matute, el historiador escribía por libre voluntad, sin contratos ni compromisos, si bien la mayoría de las veces carecía “de pan o de tiempo” (como ironizó Manuel Orozco y Berra). En cambio, hacer una “carrera institucional” impone una triple dependencia al historiador: vivir exclusivamente de su especialidad, ejercerla en proyectos colectivos (de más o menos larga duración) y, como temía Ramón Iglesia, tener como cliente final a un grupo reducido de académicos (que, a fin de cuentas, son quienes deciden su futuro).<sup>12</sup> En forma paralela, la estructura institucional también proporcionó un marco para negociar recursos y posiciones. En la ruta de la especialización, el rigor documental pasó a ser “garantía” de la calidad del producto generado por el historiador y, en consecuencia, observó O’Gorman en 1945, se favorecieron los enfoques “científicos” o “diplomáticos” muchas veces ligados a prácticas que en un principio serían calificadas de elitistas y, más tarde, de gremiales.<sup>13</sup> Por otra parte, la adopción de ideas y enfoques supuestamente “avanzados” pasaría a constituir otro síntoma de conformismo dentro del orden imperante.<sup>14</sup>

Enrique Florescano señaló que, a diferencia de los tiempos en que las instituciones mantenían la iniciativa en la investigación, la educación y la difusión de la historia, en las últimas décadas se observó la pérdida de esta dirección, el divorcio entre la investigación y la enseñanza, el descenso

12. Gabriel Zaid, *De los libros al poder*, México, Grijalbo, 1988, p. 39.

13. O’Gorman, “Cinco años de historia en México”, *Filosofía y Letras*, núm. 20, 1945, p. 183; Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 202-204.

14. “La frivolidad tiene un sentido cultural profundo, y el hombre que la rechace o vitupere carece de una dimensión esencial”. O’Gorman, “Historia y vida”, en Matute, *La teoría... op. cit.*, p. 146.

en los niveles de rigor académico y su sustitución por “prácticas populistas, ideológicas y gremiales”.<sup>15</sup> Sin ocuparse de renovar los lineamientos de la investigación y la enseñanza, que muestran una brecha cada vez mayor en los niveles básicos, las nuevas generaciones de historiadores parecen interesarse más en dismantelar los antiguos valores académicos, ahondando el desfase entre el conocimiento histórico y los objetivos globales de la sociedad. En los últimos años, la excesiva valoración del capital curricular y la evaluación cuantitativa de la producción provocó un auge nunca antes visto de investigaciones que, independientemente de su carácter especializado, no tienen canales adecuados de difusión. No es posible cumplir aquella profecía de que las ediciones pasaban de las tumbas de los archivos a las tumbas de las bibliotecas porque gran número de ellas no salen de las bodegas (por lo demás, los medios de comunicación también afectan la función global e individual de la memoria histórica). No es sorprendente que, en un tiempo en que proliferan incontables ediciones y publicaciones, buena parte de la crítica se base en lo que O’Gorman llamó el “terrorismo de la erudición”, o la obligación de mantenerse al tanto de toda la producción generada sobre un tema. Aunque en los últimos años se ha hecho común la divulgación de “los grandes temas históricos”, la publicación de revistas caracterizadas por su calidad y su rigor puede ser un signo de esperanza, pero también una señal de que la reflexión teórica busca refugio en los cenáculos de los iniciados, tal vez a la espera de tiempos mejores.

Sin duda, replantear el papel de las instituciones es importante para el porvenir de la disciplina, pero también hay que confrontar los supuestos en que se basan los enfoques tradicionales con las perspectivas novedosas, pues de este proceso continuo de renovación depende el futuro de la historiografía en el siglo que inicia y que, como todos, encierra temores y esperanzas.

15. Florescano, “La nueva interpretación del pasado mexicano”, en Gisela Von Wobeser (ed.), *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, 1992, pp. 18-19.

EL PASADO DESDE CADA PRESENTE

Para Heidegger, la historia es una proyección en el pasado del futuro que el hombre mismo se ha elegido. Desde su presente, el historiador expresa una tensión entre pasado y futuro, donde éste se proyecta “hacia atrás” y condiciona lo ocurrido en vista de lo que “debe” llegar a ocurrir. Si el conocimiento histórico cumple esta función de crear la inteligibilidad del pasado en función de los requerimientos actuales, el estudio de la historiografía permite observar los presentes anteriores en los que un tema ha sido examinado, acumulando cargas subjetivas y juicios de valor no tanto para justificar lo que somos o lo que vamos a ser, sino lo que en cada contexto pretendemos que somos y lo que pretendemos llegar a ser. En este sentido, mantiene vigencia la idea de que el conocimiento histórico ayuda a comprender el camino recorrido por las sociedades (el origen de la realidad de hoy y sus perspectivas futuras) e incluso permite plantear las metas a las cuales dirigirse.

Con frecuencia, el conocimiento histórico ha sido concebido como un instrumento para el logro de fines políticos. En estos casos, las preocupaciones teóricas y metodológicas no son ajenas a los propósitos utilitarios, ideológicos o políticos, manifiestos o encubiertos, lo cual se expresó en un rescate parcial o “eclectico” de diversas teorías y corrientes, con la consecuente falta de coherencia al contener los hechos particulares en la marcha global. Sin embargo, esta dimensión política de la historiografía no renunciaba a difundir su idea sobre la marcha de la sociedad, ni al contacto con el público en general. En este sentido, la revolución mexicana representó un verdadero parteaguas en la vida espiritual del país y, a la larga, “logró imponerse en el campo de las representaciones [del imaginario] como el referente esencial de la interpretación de la totalidad histórica mexicana”.<sup>16</sup> Al principio, la historiografía reflejó el paso del interés por las cuestiones políticas a la preocupación por los problemas de justicia social en los terrenos educativo, social, económico, agrario e ideológico. Con el tiempo, el interés de los historiadores por la revolución se transformó conforme cam-

16. Zermeño, “Crítica y crisis de la historiografía contemporánea en México: retos y posibilidades”, *Actas del II Congreso Europeo de Latinoamericanistas*, Martin Luther. Universitat Hallen Wittenberg, octubre de 1998.

biaban las circunstancias del país y, con ellas, las condiciones y necesidades de la interpretación.<sup>17</sup>

En los primeros años, una consecuencia importante fue la renovación del conflicto liberal-conservador originado en el siglo XIX que, para O’Gorman, ya había perdido razón de ser. La historia “oficial” difundida por los “gobiernos de la revolución” motivó la reacción de los historiadores católicos. La polémica enfrentó a una “versión liberal” con la “versión cristiana y heterodoxa”, ambas apoyadas en una interpretación distinta de los mismos hechos. Desde la “izquierda”, los historiadores también vieron al conocimiento histórico como instrumento para la construcción de una sociedad justa e igualitaria. En fin, la concepción instrumental y la coincidencia de tendencias distintas y contradictorias dio lugar a múltiples polémicas con un notable trasfondo político e ideológico.

En la década de 1940, la etapa institucional no sólo propició la renovación de las formas de escribir la historia sino que reorientó las preocupaciones hacia una exploración exhaustiva y “neutral” del pasado del país. El Colegio de México se impuso el propósito de “superar la etapa pre-científica de la historia”, dominada por “el anticuario, émulo de la polilla, el discursero, pulidor de héroes y el pedante filósofo de la historia”.<sup>18</sup> No es fácil saber hasta qué punto la institucionalización puso fin a la etapa del historiador “constructor de la nacionalidad” porque los fines políticos también hallaron cobijo en la historia objetiva e imparcial. No es extraño que entre 1940 y 1968, según Hale, se consolidaran los “mitos” políticos de la nación mexicana: el liberalismo unificador y la revolución permanente que para la representación oficial forman una continuidad en el proceso histórico y político.<sup>19</sup>

En los mismos años, los enfoques filosóficos del extranjero estimularon una forma de nacionalismo centrado en la temática de “lo mexicano”. El arribo de los “transterrados” españoles, desde 1937 hasta 1945, fortaleció

17. Véase J. Rico Moreno, *Pasado y futuro de la historiografía de la revolución mexicana*, México, UAM, INAH, 2000; y J. Meyer, “Periodización e ideología”, en Wilkie y Meyer, *Papers of the IV International Congress of Mexican History*, op. cit., pp. 711-722.

18. Hernández Chávez y Miño Grijalva, *Cincuenta años de historia en México*, México, El Colegio de México, 1993, t. I, pp. 5-6.

19. Hale, “Los mitos políticos de la nación mexicana”, en *Historia Mexicana*, vol. XLVI, núm. 184(4), abril-junio de 1997, pp. 821-837.

el diálogo entre filosofía e historia que se prolongó las tres décadas siguientes. El cultivo de la historia de las ideas, para José Gaos, facilitaría la comprensión de los productos universales de la filosofía y de paso haría que el pensamiento mexicano dejara su condición de imitador estéril de doctrinas importadas. Esta tendencia, observó L. Villoro, buscó conformar “en el pensamiento una cultura en evolución que sirva de polo espiritual a la integración de la sociedad en una nación”.<sup>20</sup>

A fines de los sesenta la temática de “lo mexicano y lo americano” (que preguntaba por la susceptibilidad, la soledad, el azar, el complejo de inferioridad) cedió la escena a temas como el colonialismo, la dependencia, la lucha de clases, el materialismo histórico, la estructura del capitalismo y el socialismo. Para Norma de los Ríos, la influencia de sucesos como la revolución cubana, aunada al fracaso de políticas “desarrollistas” y la inestabilidad en América Latina, generó una corriente historiográfica crítica: la teoría de la dependencia, ocupada del análisis de las estructuras económicas, políticas y sociales en vista de su transformación. Sin embargo, los factores que favorecen este proceso también estimulan la última expresión beligerante de la historiografía católica conservadora que perdió razón de ser, según Jaime del Arenal, con el Concilio Vaticano Segundo.

Si la aplicación de métodos derivados de las ciencias sociales reforzó la tendencia a la abstracción al codificar las acciones de los protagonistas de carne y hueso (como si la historia participara de una lógica separada de los intereses individuales), la reacción en los ochenta no fue menos radical y supuso el abandono de los relatos totalizadores (el “fin de la historia”) motivando la pérdida de los antiguos parámetros y la dispersión metodológica y temática. A diferencia de las primeras décadas, la reflexión sobre las funciones teórica y social del conocimiento histórico se enfoca a la desconstrucción de los valores y prácticas, ampliando la brecha entre el desarrollo de la historiografía y el acontecer general de la sociedad, que se mueve bajo reglas distintas.

De la consolidación de la “nación” en el siglo XIX se pasó a la gesta del estado de la revolución en la mayor parte del siglo XX. Y así como la revolución integró al pasado liberal en el discurso oficial, en la última década

20. Villoro, “La historia de las ideas”, en *Veinticinco años de historia en México*, op. cit., p. 13.

del siglo el presidente Carlos Salinas propuso al liberalismo como la base para renovar la revolución.<sup>21</sup> El aparente triunfo del liberalismo político y económico mundial, empero, implica un descenso del interés por la revolución, cuyo “concepto es retirado del discurso del Estado, y se repliega ante la llegada de nociones determinantes de apertura y globalización” ante las cuales el nacionalismo revolucionario pasó a ser “un término enano, anticuado y vergonzante”.<sup>22</sup> En la historiografía, la crisis de paradigmas que se vive desde los ochenta también ha permitido relativizar la consistencia de los aportes y las reflexiones que justifican el estudio del pasado como un elemento decisivo para la transformación del presente.

En el terreno teórico, se pasó de la discusión por la constitución de la historia (qué es) al planteamiento de su función pragmática (para qué sirve) para nuevamente volver a debatir sobre su constitución como disciplina. Para Boris Berenzon la influencia tardía de corrientes y métodos del exterior hace que imitemos “sin proponerlo o que propongamos sin conocer lo que se está haciendo afuera”, situación agravada al perderse el antiguo estatuto de la universalidad histórica en la pluralidad de las razones. En este sentido, urge plantear una forma de “universalidad” (ya no en el orden técnico-instrumental) que otorgue un sentido global a los múltiples relatos y, además, que recupere el sentido comunitario. Mantener la doble fidelidad, a la disciplina y a los problemas actuales, se supedita a la idea de una historia al servicio de la recomposición de una conciencia crítica más allá de las modas intelectuales.

Y algunas propuestas encierran promesas. Por ejemplo, el marxismo, ya desligado de simplificaciones ideológicas, aporta herramientas teóricas muy útiles para el análisis de la realidad social e histórica, si bien no es el único paradigma o modelo de interpretación. En este libro, María Fernanda García de los Arcos propone una “metodología de la nueva historia política” que, en una perspectiva global e interdisciplinaria, enfoque conceptos que, como los casos de “la vida política” y “lo político”, divulguen el análisis a nuevos actores, relaciones y estructuras. Finalmente la herme-

21. Hale, “Los mitos políticos de la nación mexicana”, *op. cit.*, p. 823.

22. Palacios, “El estado de las ciencias sociales y las humanidades en el fin de siglo mexicano: el caso de la historia”, en M. Hernández y J. Lameiras (eds.), *Las ciencias sociales y humanas en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000, p. 66.

néutica (o ciencia de la interpretación) ha extendido su influencia al estatuto epistemológico de las ciencias de la sociedad y la cultura, abriendo una nueva forma de comprensión de la realidad histórica. Como muestra Luis A. Torres Rojo, en la perspectiva teórica de H. G. Gadamer y R. Kossellek, esta comprensión se enmarca en dos proyectos: uno propiamente *hermenéutico* (según el cual el entender humano es un interpretar o participar en el objeto de la cuestión) y otro *lingüístico* (que considera al lenguaje como medio de la experiencia interhumana del mundo). Aunque parcialmente, la hermenéutica cumple una función moderadora en el campo de las ciencias y las letras, “habiendo conseguido unificar en un horizonte común la pluralidad de posiciones ideológicas divergentes que imposibilitarían sin su presencia todo punto de referencia y toda labor sistemática”.<sup>23</sup> Por eso, para G. Vattimo, “la hermenéutica es la nueva *Coiné* cultural de nuestra época”, así como “en los decenios pasados se dio una hegemonía del marxismo (durante los años cincuenta y sesenta) y del estructuralismo (en los setenta) hoy, de algún modo y si hubiera un idioma común dentro de la filosofía y de la cultura ésta habría de localizarse en la hermenéutica”.<sup>24</sup>

## LOS ENSAYOS

En “La historiografía positivista y su herencia”, Álvaro Matute precisa el significado del positivismo filosófico e historiográfico frente a la tendencia empirista o diplomática identificada como su legado sin considerar que el examen crítico de documentos es base de la investigación histórica y, como tal, anterior al positivismo. Los positivistas, además, no se interesaban sólo en los hechos, sino en su explicación científica. El vínculo entre rigor documental (representado por la historia diplomática de Ranke) y la concepción evolutiva propia del positivismo se consumó con el célebre manual de Langlois y Seignobos.

23. Ortiz-Osés, “Ensayo de interpretación”, en A. Ortiz-Osés y P. Lanceros (dirs.), *Diccionario de hermenéutica. Una obra interdisciplinaria para las ciencias humanas*, Bilbao, Universidad del Deusto, 1998, pp. 11-13. También Ortiz-Osés, *Filosofía de la vida (Así no habló Zaratustra)*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 204-212.

24. Vattimo, *Ética de la interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 1992, pp. 118 y 55.

Como efecto de la revolución, las explicaciones “positivistas” dominantes en el porfiriato se desintegraron, por una parte, en un “pragmatismo político”, compuesto por las obras de los testigos directos de la etapa armada y que pierde crédito ante los historiadores profesionales desde 1940; y, por la otra, un “tradicionalismo empírico”, que conjugaba “la metodología empirista con un ideario de corte tradicionalista” y que coincidió con el nuevo modelo historiográfico al ocuparse de los documentos inéditos y las monografías eruditas. El proceso iniciado subordinó a las ciencias sociales como “ciencias auxiliares” y mezcló elementos rankeanos y positivistas para concluir “que sin documentos no hay historia posible”. Sobre una rigurosa base documental, los estudios institucionales y monográficos a la larga privilegiaron la descripción en detrimento de la interpretación y limitaron la heurística al “examen de fuentes”, generando obras reacias a la interpretación y la narración. Si el rigor documental es base de la investigación histórica, pregunta Matute, ¿no son algunos rasgos “positivistas” consustanciales a la práctica histórica? Eso explicaría la frecuencia con que, a pesar de ser refutado con viejos y nuevos argumentos, el positivismo aún parece dar para interminables discusiones.

Para caracterizar la influencia del legado liberal en la historiografía, Evelia Trejo se ocupó de uno de sus principales exponentes: Daniel Cosío Villegas (liberal y estudioso del liberalismo, crítico de la revolución mexicana y buen exponente del rigor documental) y de las razones, recursos y efectos de su obra magna: *la Historia moderna de México*, donde no sólo dio un orden político, social y económico a la historia nacional desde el triunfo de la república, sino que destacó la obra de las grandes figuras para “dar a todos los mexicanos una conciencia común de su pasado, de sus intereses de sus problemas”. Después de un análisis previo del rumbo seguido por la revolución mexicana, y desilusionado por el carácter antiliberal y derechista del panorama, Cosío Villegas indagó en la vida política e histórica del país desde su convicción personal en el cambio progresivo de la historia y, al mismo tiempo, en su estudio racional y científico. De ahí, su sugerencia de buscar guía en el pasado liberal para mantener la “fe en los destinos superiores de un pueblo”. Pero al destacar la trascendencia de esta idea en la formación de la conciencia histórica, Evelia Trejo pregunta si la interpretación liberal o cualquier otra tienen el derecho de apropiarse la interpretación de lo que somos y lo que deberíamos ser.

Esta pregunta fue básica para la historiografía conservadora, o “la otra historia” para Jaime del Arenal. Como secuela de las guerras del siglo XIX y de la reactivación del conflicto religioso en los años posteriores a la revolución, este conservadurismo se basó en “una ideología del poder político, de la religión y de la historia”, que es “uno de los denominadores comunes” de buena parte de su historiografía. En la vertiente ideológica y política expresada por el grupo “belligerante”, la historiografía conservadora se apoyó en una versión católica y heterodoxa, con una diferente simbología política y dedicada a reivindicar a personajes y periodos negados por la historia oficial. Aunque sus resabios llegan a nuestros días, esta tendencia concluyó en los sesenta, cuando la historia académica retoma sus temas, no su interpretación. Curiosamente, rasgos como el nacionalismo y el rechazo a Estados Unidos acercaron a estos historiadores a posturas no sólo cercanas a la historia oficial, sino a las asumidas en la postura diametralmente opuesta: en la “izquierda” también se concebía a la historia como una herramienta para consumir un proyecto social y político emancipatorio; por eso, su sentido no se dirigía a los especialistas sino al público en general.

Para Andrea Sánchez, las condiciones económicas, políticas, sociales y culturales vigentes desde fines del siglo XIX se sustentan en la validez del modo de producción capitalista que, en su fase imperialista y oligopólica, ha colocado a la sociedad mexicana en una posición de dependencia. Frente a este proceso, la izquierda (concepto originado en el lenguaje político de la revolución francesa) se identifica con la actitud antimperialista, democrática, enemiga de la desigualdad, la opresión y el totalitarismo, etc. En este sentido, la izquierda supone un concepto más amplio que “socialista” o “marxista” y se aplica a los historiadores que acuden a la historia como fuente de su oposición al gobierno. Algunos se autoidentificaron como marxistas (Teja Zabre y Ramos Pedrueza), pero no eran metódicos ni científicos ni el contenido de sus anhelos se apoyaba en el verdadero marxismo (muy poco difundido por las editoriales). En una primera etapa, además de apoyar la educación socialista implantada por el gobierno de Lázaro Cárdenas, intentaron crear conciencia en las clases populares por medio de obras generales y de síntesis, donde englobaban los grandes procesos históricos de la sociedad. En la segunda etapa, desarrollada a fines de los setenta, las perspectivas de la historia científica y las ciencias sociales estimulan un estudio cuidadoso del proceso histórico y la revisión de los viejos estereotipos. A

pesar de los cambios de 1989, el marxismo, dice la autora, sigue representando una opción válida en la concepción de una “historia en construcción”.

Por su parte, Abelardo Villegas describió la historia de las ideas desde 1940 hasta 1960 que, bajo la dirección de José Gaos, se ocupó del estudio de temas nacionales con base en enfoques filosóficos del exterior como el historicismo y el existencialismo, adoptados como filosofías de lo concreto. Esta corriente reorientó el objetivo postulado por Samuel Ramos en 1934, de crear una filosofía original a partir del análisis del “modo de ser” del mexicano. Con excepciones como la de Edmundo O’Gorman, esta historia fue obra de filósofos para quienes la filosofía no era sólo una concepción del mundo y la vida, sino un “instrumento” para ubicar la vida en el mundo. Por otra parte, el propósito de actualizar el pensamiento mexicano con la traducción de obras filosóficas e historiográficas generó, por vía editorial, una identificación estrecha con Latinoamérica, la cual encontraría, empero, otro vínculo en las perspectivas marxistas.

Norma de los Ríos, se ocupa de la teoría de la dependencia latinoamericana como un aporte a la reflexión historiográfica occidental, una propuesta crítica de los paradigmas tradicionales de la modernidad, “dentro de la modernidad misma”, para después analizar “las nuevas propuestas historiográficas”, basadas en la “crítica de la modernidad ilustrada desde una perspectiva posmoderna”. Por su condición histórica, postula la teoría de la dependencia, América Latina requiere de “una transformación profunda de las estructuras sociales que posibilitan la reproducción de las condiciones de dependencia”; desde el paradigma de la modernidad, comparte el *ethos* de progreso y emancipación en la perspectiva crítica de una historia “total” para proponer una alternativa de universalización que, en su versión marxista, es un proyecto “tributario” de la revolución socialista. Por otra parte, la crítica “posmoderna” tuvo un impacto negativo en la historiografía. Si el abuso de la historia abstracta supuso la “desaparición del sujeto” (en enfoques que codificaban su acción), la recuperación de éste emprendida en los setenta desembocó en la fragmentación de géneros y métodos (desplazando a la historia al “reino de la contingencia absoluta: un sujeto sin objeto”), y en la renuncia a todo esfuerzo globalizador en la explicación histórica. La posición nihilista fomentada por la crisis de la modernidad no ve a la historia como “historia a realizar” y cuestionó “la cientificidad como la capacidad de penetrar en lo real”. Por eso, frente a la orientación posmo-

derna que renuncia a la racionalidad, la autora opta por “la reelaboración de un proyecto social de corte emancipatorio” que parta de los ideales de la ilustración y la modernidad política, en el que los historiadores deben participar “a través de una ciencia social crítica a las condiciones universales de la razón”.

Carlos A. Aguirre Rojas aborda la influencia de la corriente francesa de los *Annales* en una perspectiva de larga duración (“el horizonte del proyecto moderno de la ciencia de la historia”) y, en el caso de México y Latinoamérica, desde la presencia cultural francesa. Al poner fin al predominio mundial germano parlante (1870-1930), el proyecto crítico de los *Annales* se constituyó en el nuevo polo hegemónico desde 1930 hasta 1968 como un intento radical de “desconstrucción crítica” de la historia positivista decimonónica. Para dar cuenta de esta corriente en México, Aguirre utilizó los periodos de la publicación en Europa. En la primera etapa, desde 1929 hasta 1938, tuvo un efecto nulo en la historiografía (pues la revolución debilitó la influencia francesa) y su presencia se limitó a la colección particular de Ezequiel A. Chávez. Desde 1945 hasta 1968, se dieron contactos institucionales (en el contexto del intento de Francia por recuperar su hegemonía cultural) que propició la visita de historiadores franceses y la traducción y publicación de importantes obras, pero las condiciones para el arraigo de *Annales* no fueron propicias por el predominio de la historia positivista. En cambio, la influencia fue intensa de 1968 a 1989 en diversas escuelas e instituciones; entre los rasgos más destacados, el marxismo inició un contacto estrecho con las perspectivas de los *Annales*. La última etapa, que en México empieza en 1994, da cuenta de una ruptura mundial de “larga duración” y supone un reto para todos los historiadores al poner fin a todo polo hegemónico e iniciar una situación “policéntrica” donde “todas las historiografías están convocadas a proponer las nuevas líneas, paradigmas y modelos”.

A décadas de su nacimiento, la “historia de las mentalidades”, como expone Boris Berenson, tuvo un eco importante en México y América Latina. Partiendo de la producción generada en nuestro país entre 1970 y 1980, Berenson analiza sus fundamentos y esboza una propuesta de “lo que puede ser” partiendo de la base de que “los padres fundadores de esta corriente buscaban la globalidad”. En tiempos de la especialización, el estudio de la “mentalidad” proporcionó un espacio fundamental para la sub-

jetividad del historiador, y osciló “entre lo fantástico o lo arbitrario y lo desesperadamente vago”: para algunos, equivale a actitudes mentales, pero “otros creen que son actores propiamente considerados como los portadores o la encarnación misma de una mentalidad global”. Curiosamente, esta historia produjo más en el orden teórico-metodológico “que en la aplicación de sus principios a la realidad histórica”.

Como el concepto refiere el problema de la naturaleza de las uniformidades y las bases de la diversidad del pensamiento humano, Berenson propone abrir el abanico a una interpretación más analítica “que destruya la idea de individualidad para llegar a la del sujeto [...]; descifrar cada uno de los casos que se estudian desde su propia singularidad para llegar al sentido de la globalidad”. Es decir, encontrar un mundo en el que la realidad empírica y la realidad psíquica tengan un mismo hilo conductor, donde el hecho histórico cobre valor al confrontarse con la teoría. En el psicoanálisis, los aportes de Freud y Lacan, invalidan “la ruptura entre la psicología individual y la colectiva e incluyen a lo patológico y lo anormal como regiones donde los funcionamientos estructurales de la experiencia humana se exageran y revelan”. El documento para psicoanalistas y para historiadores es “relato, producto de un analizante, protagonista o testigo, cuya interpretación siempre dice una verdad”.

En un campo propositivo y desde una actitud crítica hacia los cauces tradicionales, María Fernanda García de los Arcos invita a volver a la historia política desde una metodología renovada, donde la biografía colectiva surge como opción ante la biografía individual y, frente al acontecimiento singular, el estudio de la práctica cotidiana de la vida política a largo plazo, lo que extiende el análisis a nuevos actores, relaciones, estructuras y otros caracteres globales de la sociedad. Por su naturaleza, el objeto de la historia política es interdisciplinario, por el cual los conceptos de carácter amplio como la vida política y lo político suponen un contacto estrecho con otras ciencias sociales y humanas al reunir en su ámbito de estudio a diversas facetas de la realidad colectiva.

Si lo político refiere “el lugar de gestión de la sociedad global”, su acercamiento crítico no sólo se ocupa de las fuentes de información, sino del conjunto en el proceso del conocimiento: desde planteamientos, cauces de investigación, pautas de explicación hasta conclusiones parciales y generales. Los métodos de larga duración proporcionan enfoques sobre

cambios y permanencias; la prosopografía, aplicada al estudio de las estructuras de poder, permite la explicación del fenómeno político desde los grupos medios e inferiores en la escala social, así como de sus mecanismos de cohesión. En general, la evaporación de los límites fronterizos entre los campos del saber histórico permitirá “una comprensión más global y más ajustada de los tiempos pasados y de los grandes procesos del presente”. Este esfuerzo supone una constante renovación teórica y metodológica que debe comenzar por la crítica de nuestras posiciones mentales y nuestros hábitos más familiares.

De ciencia auxiliar en las operaciones críticas, la hermenéutica extendió su estudio al lenguaje mismo, considerado la estructura fundamental irreductible y correlativa de todo entendimiento o comprensión, lo que influyó en la reflexión sobre los límites teóricos y metodológicos de la ciencia histórica. A partir del encuentro entre hermenéutica e historia (lenguaje y temporalidad), Luis A. Torres Rojo replantea la pregunta sobre el orden y sentido de la ciencia histórica dentro de una “racionalidad existencial o existenciaría” basado en aportes de la historiografía hermenéutica alemana. Al analizar la función de la hermenéutica en la historia de las ideas de José Gaos, el autor propone reorientar el método en una “hermenéutica historiográfica de índole conceptual” que restituya al concepto su dimensión teórica como una forma auténtica de significación y en la que la formalización lógica del lenguaje ceda su lugar al “lenguaje natural” como “sujeto de toda significación”. La hermenéutica filosófica de Gadamer permite una “ampliación semántica que restituye al concepto y lo inconceptual su pertinencia como modos de comprensión históricos” (que estructuran su representación y el sentido de su devenir), en tanto que el modelo teórico de R. Koselleck plantea la determinación lingüística de la experiencia histórica para reorientar la pretensión totalizante del *logos* hermenéutico en la histórica, “doctrina de las condiciones de posibilidad de las historias”, una respuesta a la bipolaridad inmanente a la historia como acontecimiento y representación.

Una historia de las ideas gaosiana “configurada en la semántica del indigenismo” de Luis Villoro es objeto de una lectura histórica: en el proceso de recepción de la semántica de la modernidad, el “concepto americano de movimiento indigenismo” no se derivó de las fuentes históricas, sino del “espíritu de la época” y, desde su imposición en México, generó sus

propios referentes sociales y políticos. El tránsito desde la historia conceptual conlleva la pregunta por la posibilidad pasada y futura de las historias. Por eso, el conocimiento hermenéutico es una invitación a buscar en el lenguaje “el fundamento más cabalmente humano de la ciencia histórica”.

Por último, no queda más que, por una parte, agradecer a los autores del presente volumen y a las autoridades de El Colegio de Michoacán (en especial al doctor José Antonio Serrano Ortega, coordinador del Centro de Estudios Históricos) el haber hecho posible la realización del ciclo; por la otra, dejar al lector la opinión sobre la contribución de estos ensayos con la convicción de que, como apuntó O’Gorman, “dada la índole de la crisis que por todos lados invade nuestra cultura, acertar o no acertar es secundario. Lo que importa es expresarse con valor; darle la cara a los verdaderos problemas, que siempre son los propios, los más íntimos”.<sup>25</sup>

25. O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. IX.